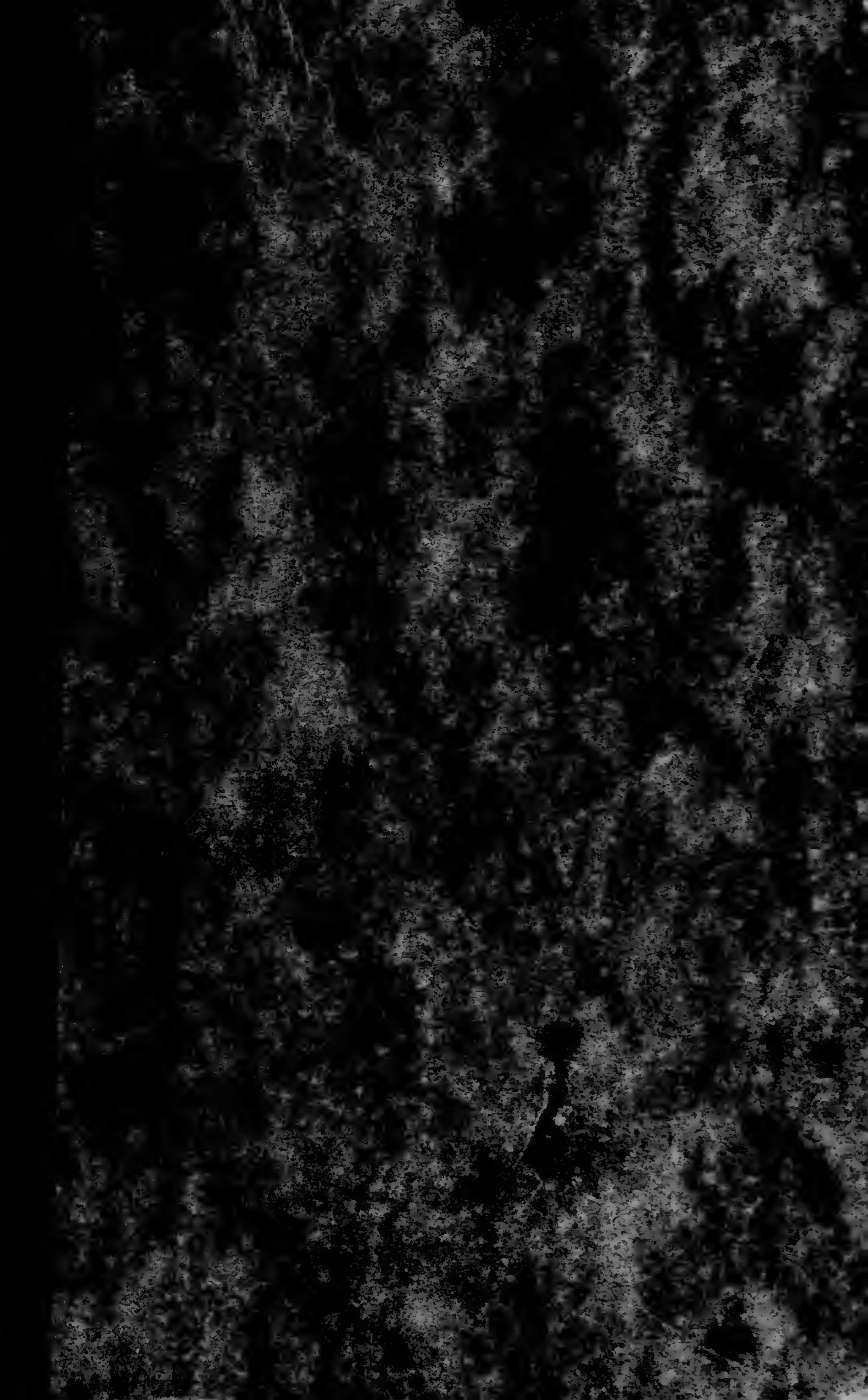






Andamios Interiores

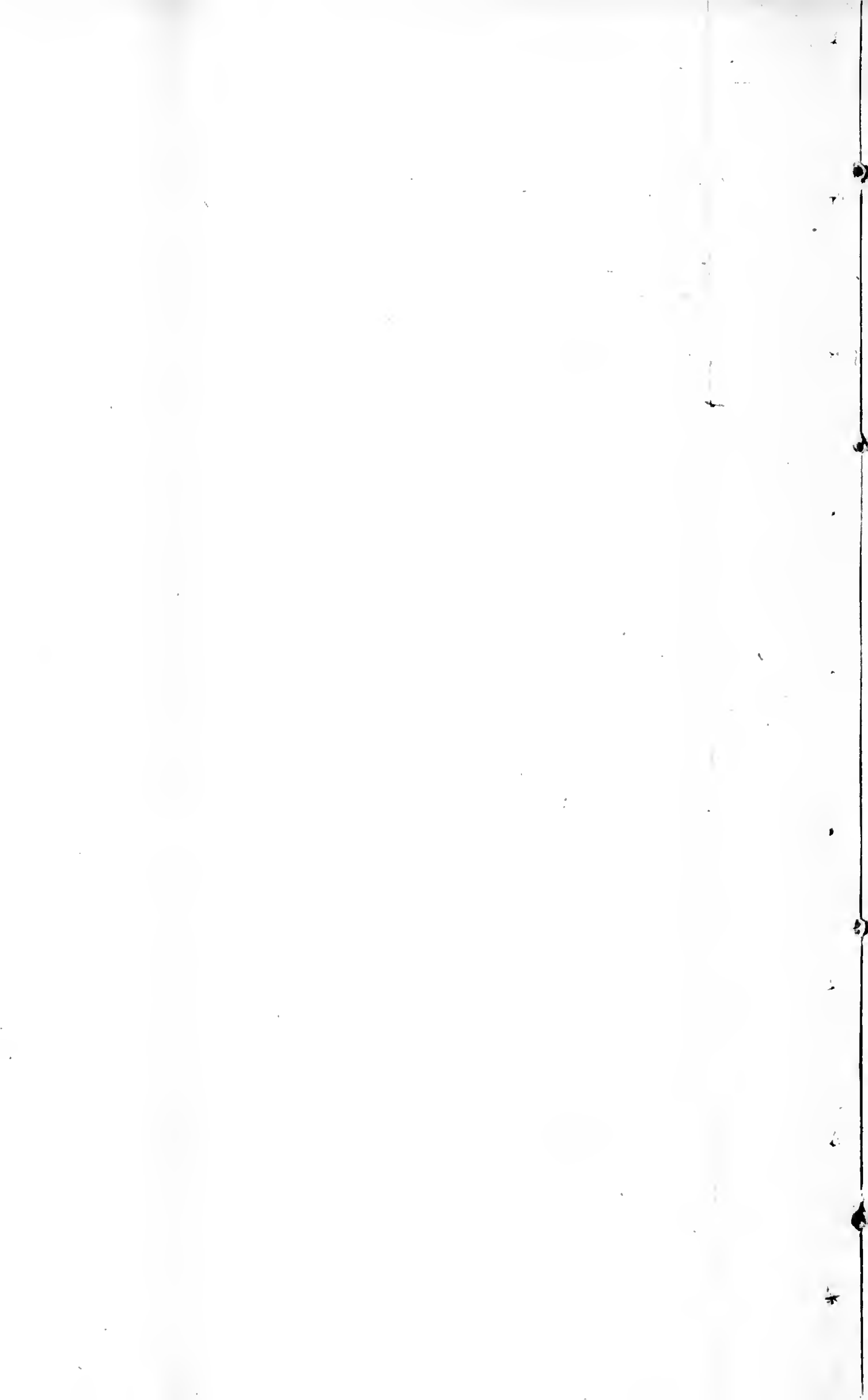




Andamios Interiores
Poemas Radiográficos
de Manuel Maples Arce

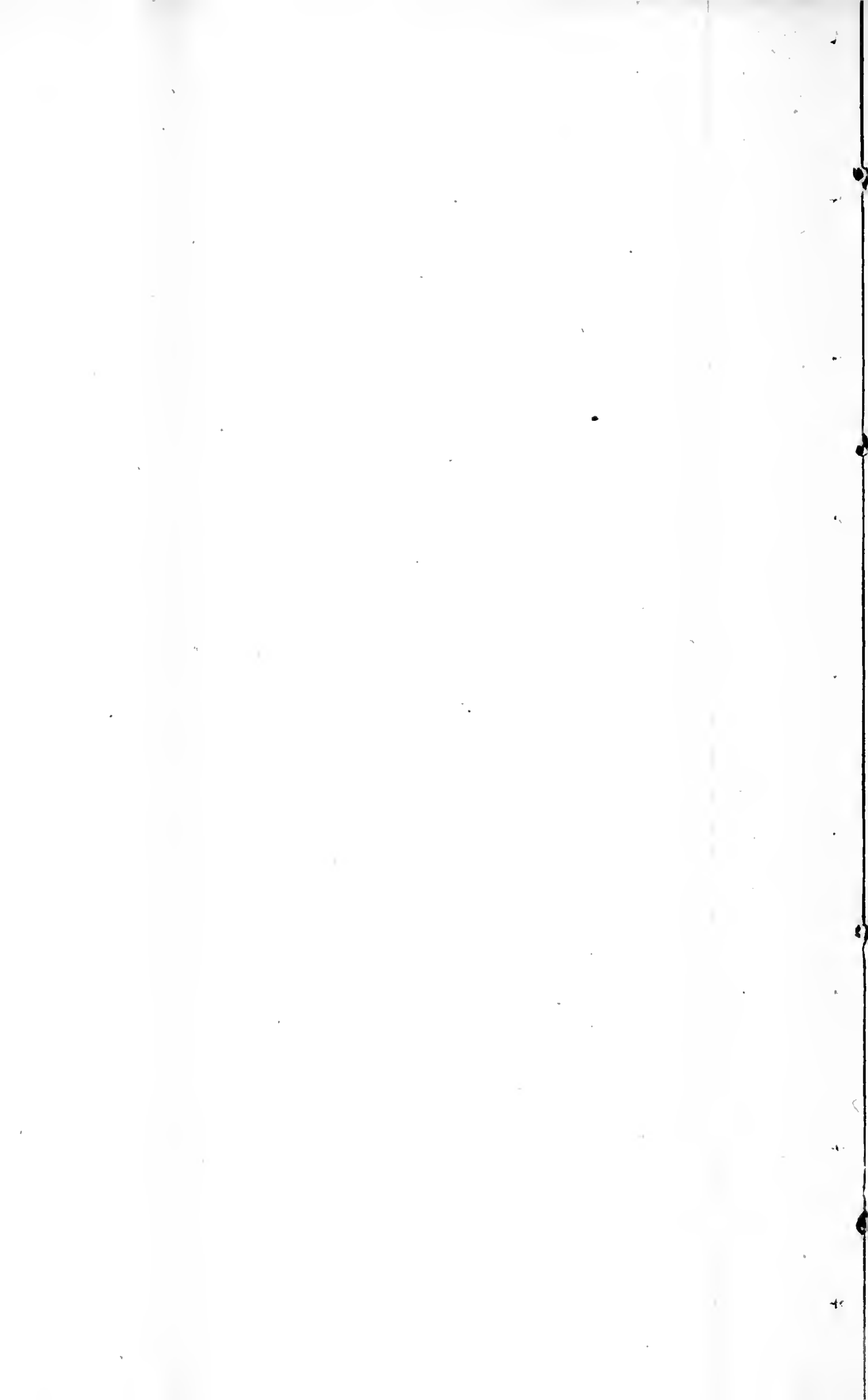
Editorial
'Cvltvra'

México
1 9 2 2



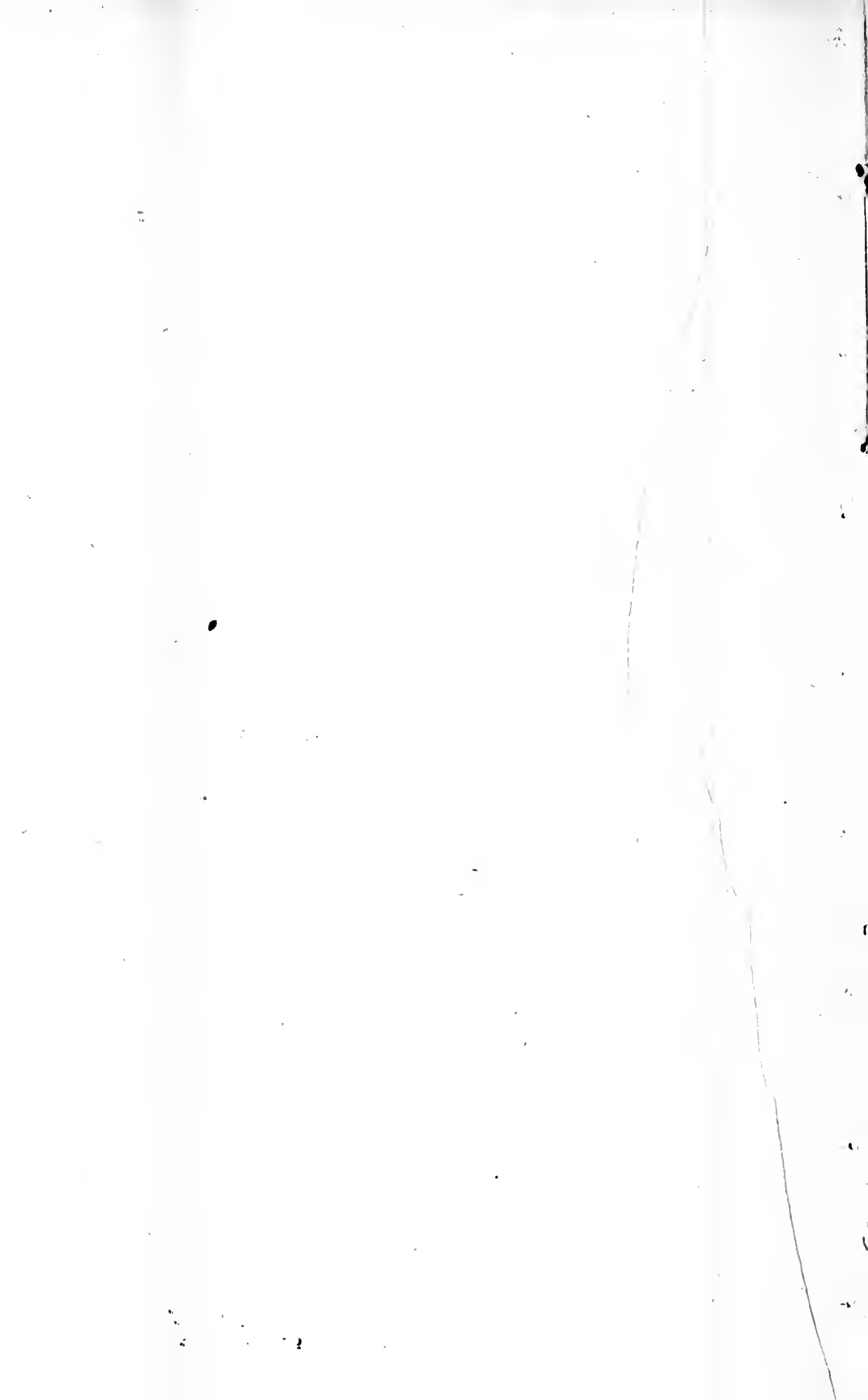
DEL AUTOR

RAG.—Tintas de Abanico.—1920



Verdadero artista es el hombre que cree absolutamente en sí, porque él es absolutamente él mismo.

Oscar WILDE



DEDICATORIA

[illegible] Arce

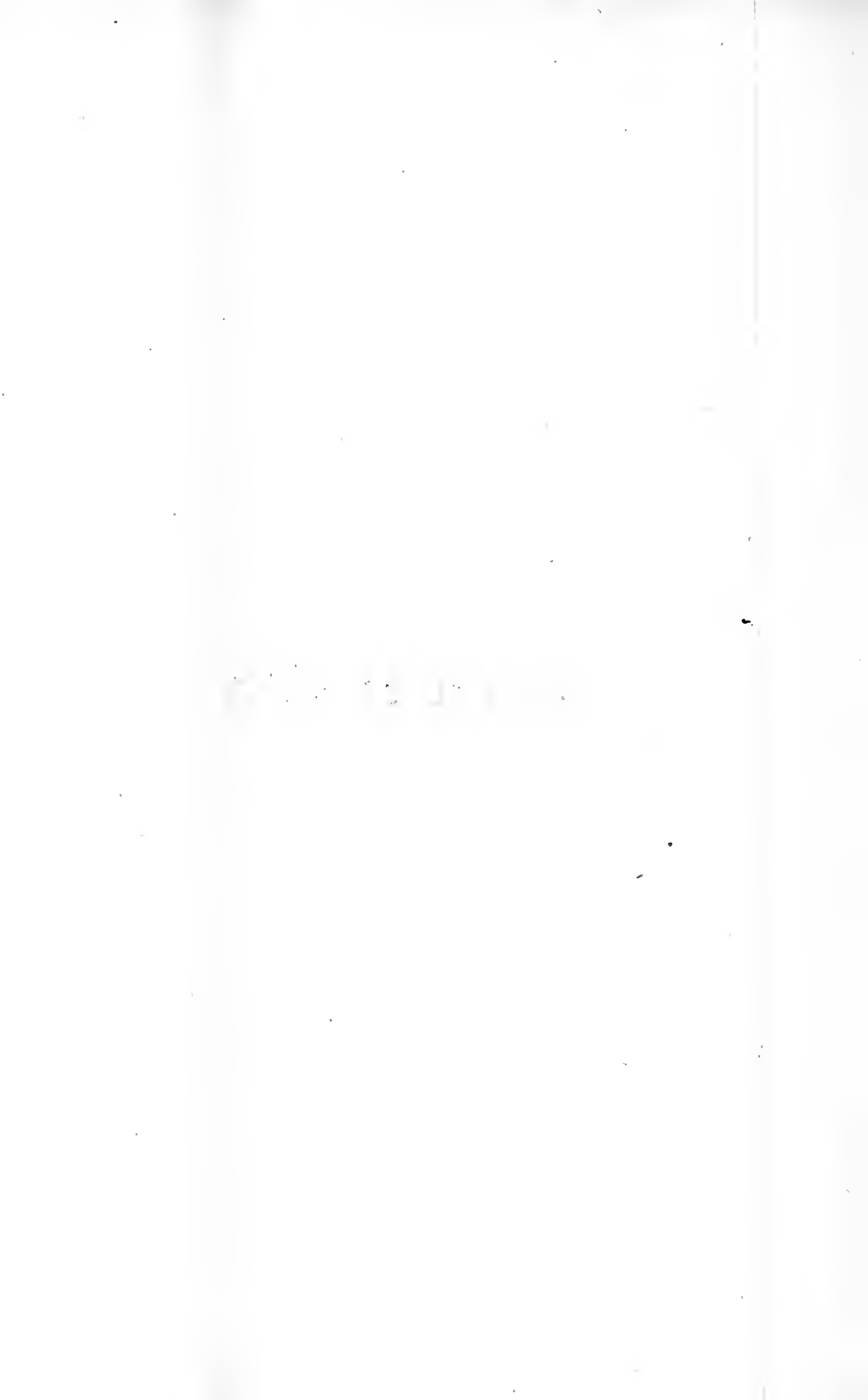
México - 1922.



A la que sacudió sobre mi vida
una primavera de alas.



EX-LIBRIS



Prisma.

Yo soy un punto muerto en medio de la hora,

equidistante al grito náufrago de una estrella.

Un parque de manubrio se engarrota en la sombra,

y la luna sin cuerda

me oprime en las vidrieras.

Margaritas de oro

deshojadas al viento.

La ciudad insurrecta de anuncios luminosos
flota en los almanaques,
y allá de tarde en tarde,
por la calle planchada se desangra un eléctrico.

El insomnio, lo mismo que una enredadera,
se abraza a los andamios sinoples del telégrafo,
y mientras que los ruidos descerrajan las puertas,
la noche ha enflaquecido lamiendo su recuerdo.

El silencio amarillo suena sobre mis ojos.
Prismal, diáfana mía, para sentirlo todo!

Yo departí sus manos,
pero en aquella hora
gris de las estaciones,
sus palabras mojadas se me echaron al cuello,
y una locomotora

sedienta de kilómetros la arrancó de mis brazos.

Hoy suenan sus palabras más heladas que nunca.
Y la locura de Edison a manos de la lluvia!

El cielo es un obstáculo para el hotel inverso
refractado en las lunas sombrías de los espejos;
los violines se suben como la champaña,
y mientras las ojeras sondean la madrugada,
el invierno huesoso tirita en los percheros.

Mis nervios se derraman.

La estrella del recuerdo
naufragada en el agua
del silencio.

Tú y yo

coincidímos
en la noche terrible,

meditación temática
deshojada en jardines.

Locomotoras, gritos,
arsenales, telégrafos.

El amor y la vida
son hoy sindicalistas,

y todo se dilata en círculos concéntricos.

Flores Aritméticas



Esas rosas eléctricas . . .



Esas rosas eléctricas de los cafés con música
que estilizan sus noches con "poses" operísticas,
languidecen de muerte, como las semifusas,
en tanto que en la orquesta se encienden anilinas
y bosteza la sífilis entre "tubos de estufa".

Equivocando un salto de trampolín, las joyas
se confunden estrellas de catálogos Osram.

Y olvidado en el hombro de alguna Margarita,
deshojada por todos los poetas franceses,
me galvaniza una de estas pálidas "ísticas"
que desvelan de balde sus ojeras dramáticas,
y un recuerdo de otoño de hospital se me entibia.

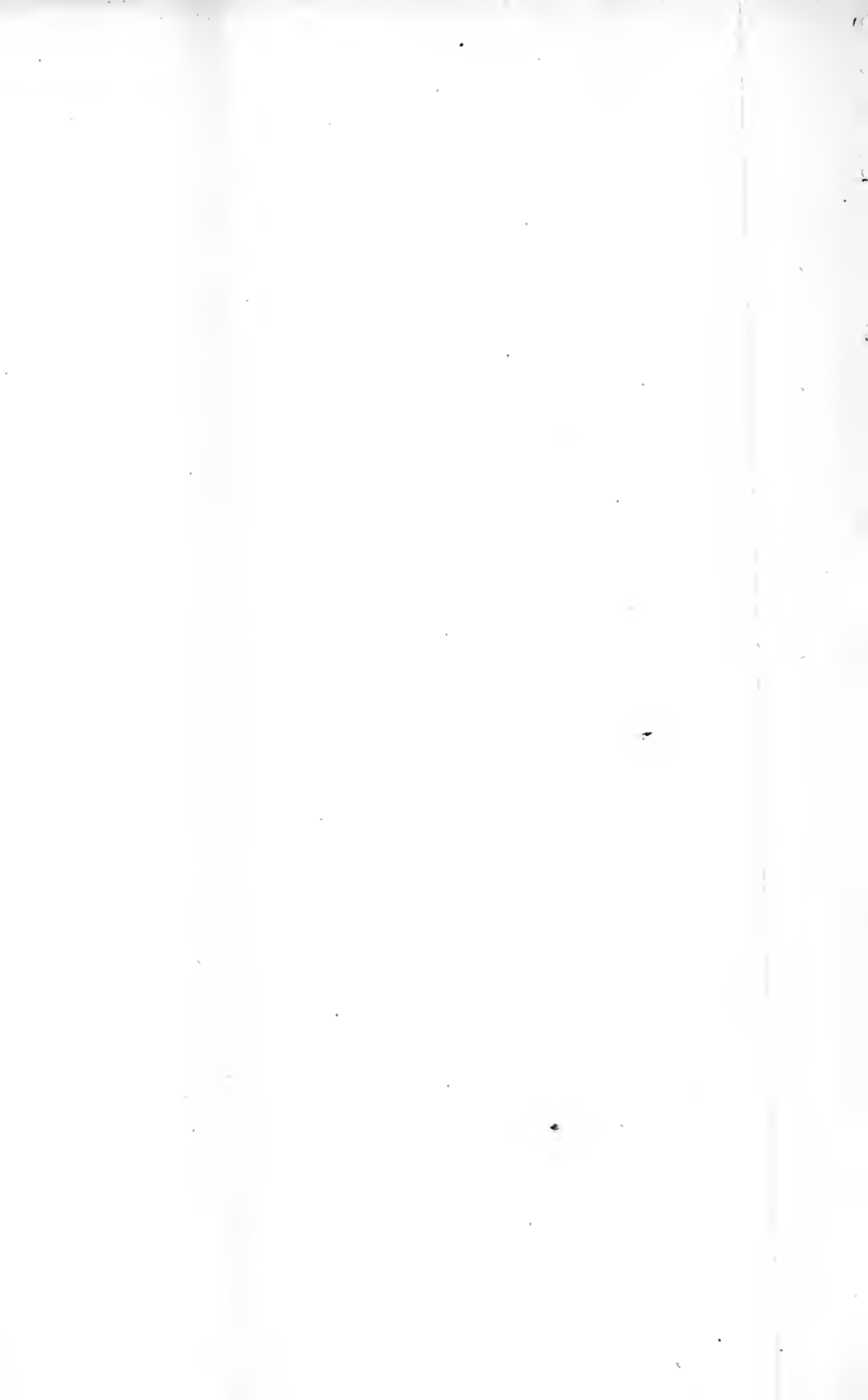
Y entre sorbos de exóticos nombres fermentados,
el amor, que es un fácil juego de cubilete,
prende en una absurda figura literaria
el dibujo melódico de un vals incandescente.

El violín se accidenta en sollozos teatrales,
y se atragante un pájaro los últimos compases.

Este techo se llueve.
La noche en el jardín
se da toques con pilas eléctricas de éter,
y la luna está al último grito de París.

Y en la sala ruidosa,

el mesero académico descorchaba las horas.



Todo en un plano oblicuo . . .

En tanto que la tísis—todo en un plano oblicuo—
paseante de automóvil y tedio triangular,
me electrizo en el vértice agudo de mí mismo.
Van callendo las horas de un modo vertical.

Y simultaneizada bajo la sombra eclíptica
de aquel sombrero unánime,
se ladea una sonrisa,

mientras que la blancura en éxtasis de frasco
se envuelve en una llama d'Orsay de gasolina.

Me debrayo en un claro
de anuncio cinemático.

Y detrás de la lluvia que peinó los jardines
hay un hervor galante de encajes auditivos;
a aquel violín morado le operan la laringe
y una estrella reciente se desangra en suspiros.

Un incendio de aplausos consume las lunetas
de la clínica, y luego—oh anónima de siempre—
desvistiendo sus laxas indolencias modernas,
reincide—flor de lucro—tras los impertinentes.

Pero todo esto es sólo
un efecto cinemático,

porque ahora, siguiendo el entierro de coches,

allá de tarde en tarde estornuda un voltáico
sobre las caras lívidas de los "players" románticos,
y florecen algunos aeroplanos de hidrógeno.

En la esquina, un "umpire" de tráfico, a su modo,
va midiendo los "outs", y en este amarillismo,
se promulga un sistema luminista de rótulos.

Por la calle verdosa hay brumas de suicidio.



A veces, con la tarde . . .



A veces, con la tarde luida de los bordes,

un fracaso de alas se barre en el jardín.

Y mientras que la vida esquina a los relojes,

se pierden por la acera los pasos de la noche.

Amarillismo

gris.

Mis ojos deletrean la ciudad algebráica

entre las subversiones de los escaparates;
detrás de los tranvías se explican las fachadas
y las alas del viento se rompen en los cables.

Siento íntegra toda la instalación estética
lateral a las calles alambradas de ruido,
que quiebran sobre el piano sus manos antisépticas,
y luego se recogen en un libro mullido.

A través del insomnio centrado en las ventanas
trepidan los andamios de una virginidad,
y al final de un acceso paroxista de lágrimas,
llamas de podredumbre suben del bulevard.

Y equivocadamente, mi corazón payaso,
se engolfa entre nocturnos encantos de a 2 pesos:
amor, mi vida, etc., y algún coche reumático
sueña con un voltáico que le asesina el sueño.

Sombra laboratorio. Las cosas bajo sobre.

Ventilador eléctrico, champagne -|- F. T.

Marinetti = a

Nocturno futurista

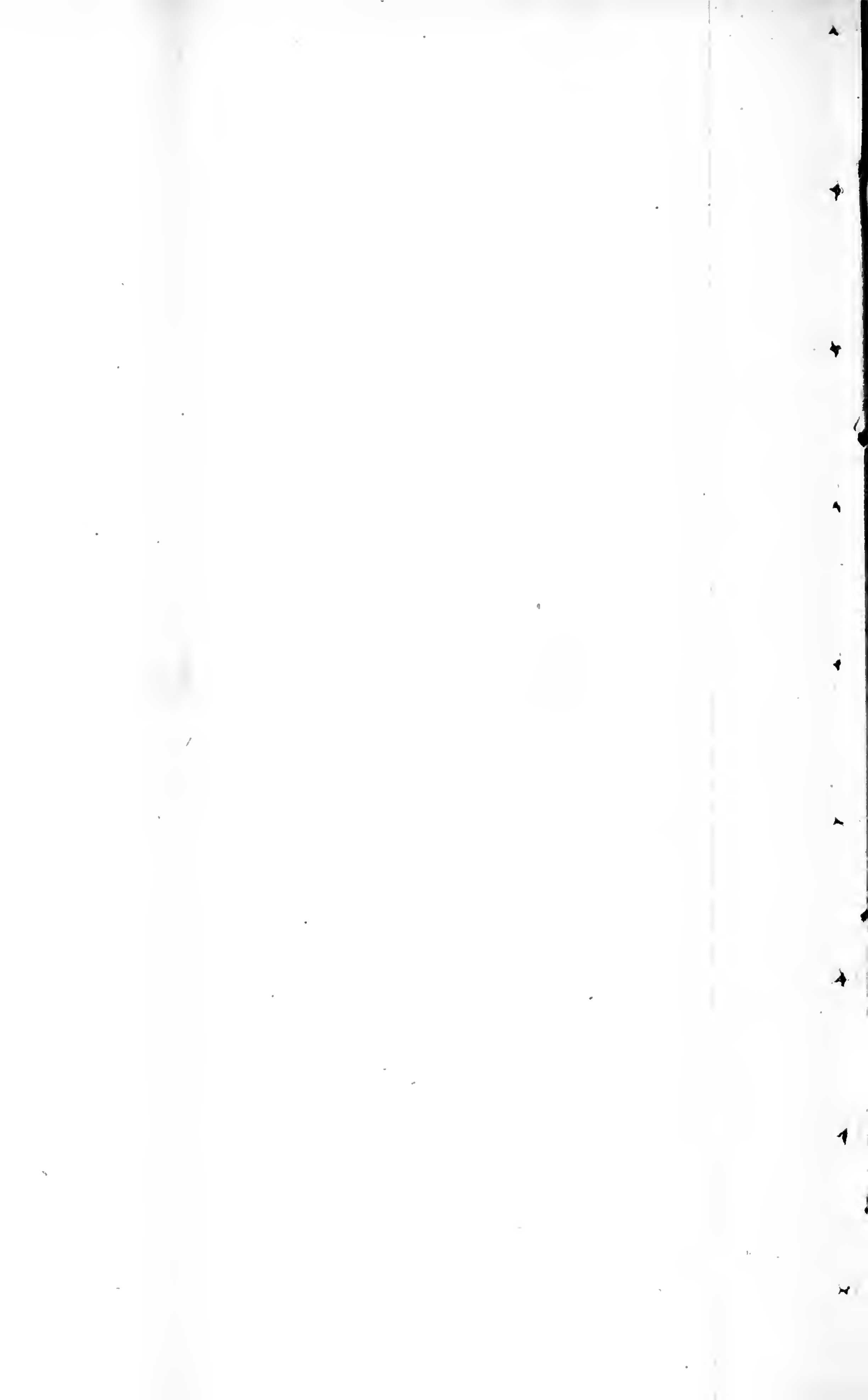
1912.

Y 200 estrellas de vicio a flor de noche

escupen pendejadas y besos de papel.



Voces Amarillas



Y nada de hojas secas . . .



(La mañana romántica, como un ruido espumoso,
se derrama en la calie de este barrio incoloro
por donde a veces pasan repartiendo programas,
y es una clara música que se oye con los ojos
la palidez enferma de la super-amada.

En tanto que un poeta,
colgado en la ventana,

se muere haciendo gárgaras
de plata
electrizada,

subido a los peldaños de una escala
cromática,
barnizo sus dolencias con vocablos azules,
y anclada en un letargo de cosas panorámicas,
su vida se evapora lo mismo que un perfume.)

—Mi tristeza de antes es la misma de hoy.
—Tu siempre con tus cosas.
—Oh poeta, perdón!

(En el jardín morado
se rompe el equilibrio fragante de una flor.)

—Sol, blancura, etc., y nada de hojas secas.
—La vida es sólo un grito que se me cuelga al cuello

lo mismo que un adiós.

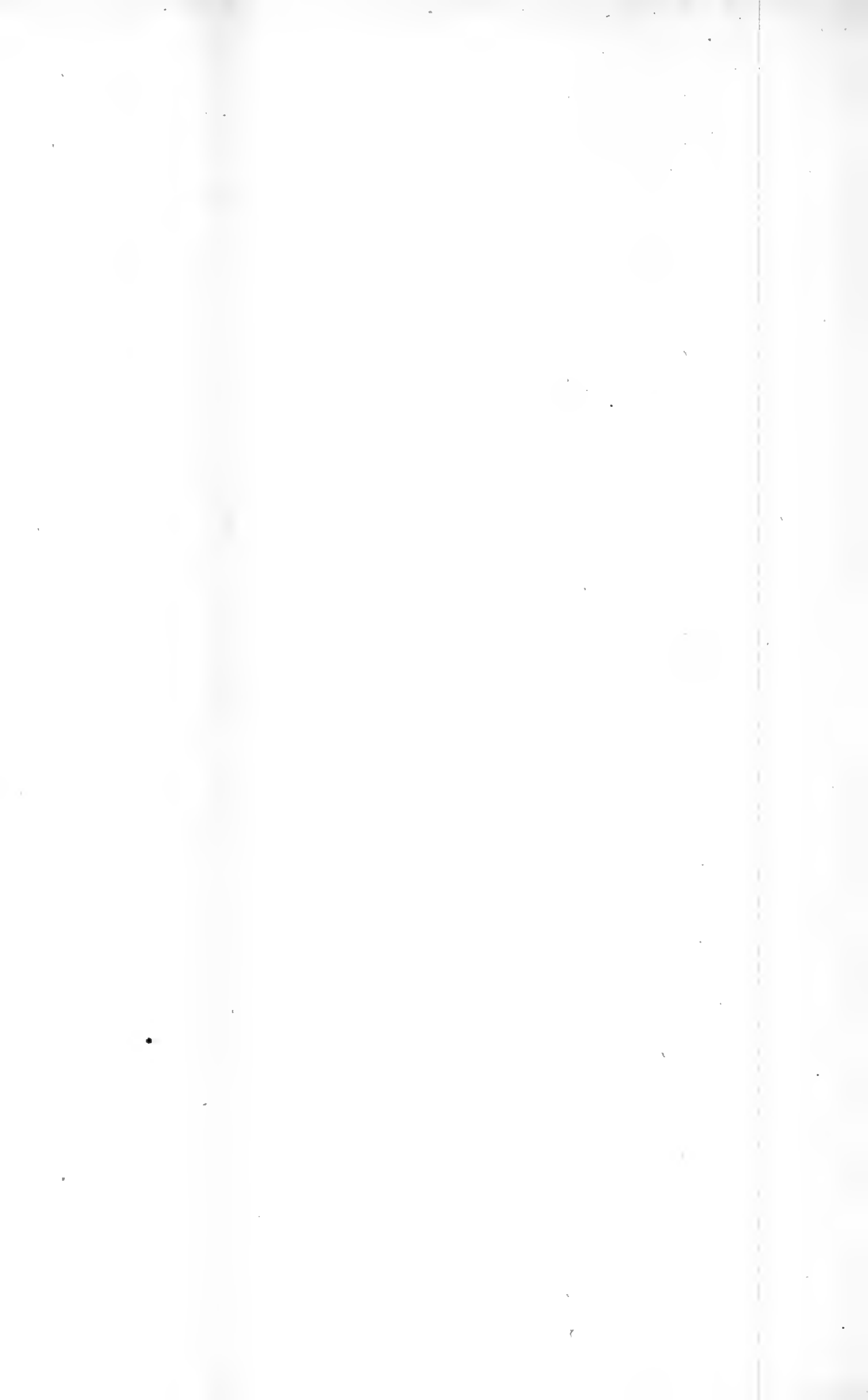
—Hablemos de otra cosa,

te lo ruego.

(Su voz

tiene dobleces románticos de felpa
que estuvo mucho tiempo guardada en naftalina,
y duerme en sus cansancios ingrávidos de enferma,
la elegancia de todas las cosas amarillas.

Y mientras la mañana, atónita de espejos,
estalla en el alféizar de la hora vulgar,
el dolor se derrama, lo mismo que un tintero,
sobre la partitura de su alma musical.)



En la dolencia estática . . .



(En la dolencia estática de este jardín mecánico,
el olor de las horas huele a convalecencia,
y el pentagrama eléctrico de todos los tejados
se muere en el alero del último almanaque.

Extraviada en maneras musicales de enferma
inmoviliza un sueño su vertical blancura,
en tanto que un obscuro violín de quinto piso

se deshoja a lo largo de un poema de Schumann,

y en todos los periódicos se ha suicidado un tísico.)

—Hoy pasan los entierros, como un cuento de ojeras,

lo mismo que en otoño.

—Ese tema, no es tema

de primavera. Ya ves lo que dice el médico!

(En el jardín hay 5 centavos de silencio.)

—Entonces, quiero un poco de sol azucarado.

—Ya vuelves con tu acústica.

—Pues mírame las manos.

Mis dedos caligráficos se han vuelto endecasílabos.

(Y meditando un lento compás de 3 por 4:)

—¡Oh tus cosas melódicas!

—¡Soy un frasco de música!—

(Y en esta tarde lírica

85-74, señorita...

la primavera pasa como en motocicleta,

y al oro moribundo, historiada de cintas,

lo mismo que un refajo se seca mi tristeza.)



Por las horas de cuento . . .



Por las horas de cuento de estos parques sin rosas,
ambulan, un diptongo de ensueño, nuestras sombras.

Y en tanto que algún piano fantástico, desvela
los bemoles románticos de un estudio sin luna,
sus ojos se adormecen en un cansancio felpa,
como si se estuviera muriendo de blancura.

(Y después, quedamente:)

—¿Amor, oyes las hojas?

—¡Si no es eso!

—¿Entonces?

—Tal vez es una enferma

que llora con Beethoven...

(Y seguimos del brazo nuestro obscuro diptongo,

por los parques afónicos,

lacrimeantes de oro...)

—¡Me quisiera morir!

—¡No digas esas cosas

que me hacen tanto mal!

—¡Si la vida es tan triste!

—Pero no pienses eso.

—¡Si la vida es tan triste!

—Me duele el corazón cuando tú estás así.

Doblaremos la hoja.

(Y sobre el mismo tema,

su voz, casi ojerosa:)

—¡Me quisiera morir!

¡Me quisiera morir!

(Y en el cloroformado cansancio de la sombra,

nuestras 2 vidas juntas, por el parque sin rosas,

se pierden en la noche romántica de otoño

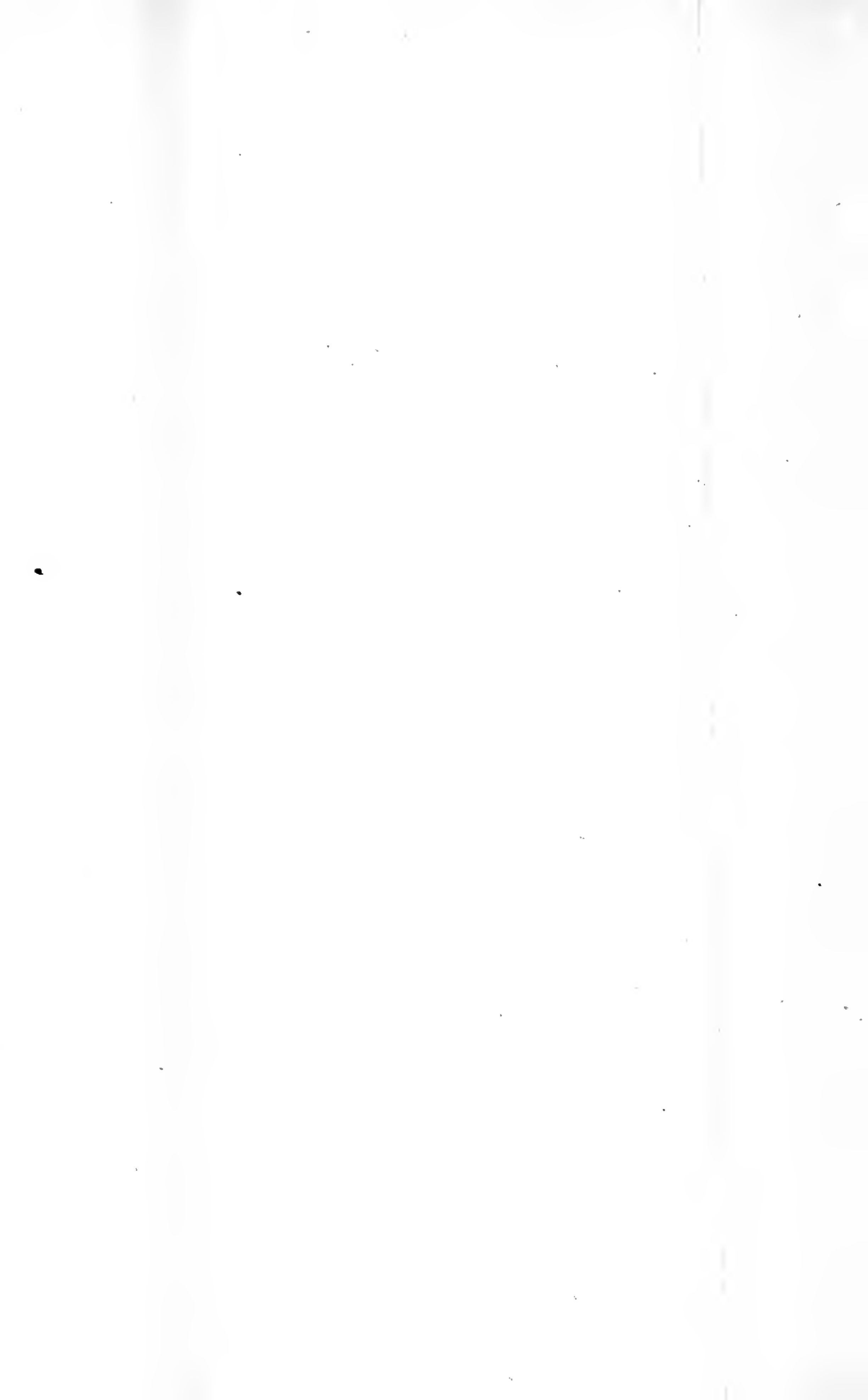
ambulando en silencio la teoría de un diptongo.)



Perfumes Apagados



Al margen de la lluvia . . .



Al margen de la lluvia en los cafés insomnes,
los perfiles se duermen en las láminas sordas.
Y es ahora que todo coincide en los relojes:
mi corazón nostálgico ardiéndose en la sombra.

Después de los vulgares asombros del periódico
en que sólo se oye el humo de las pipas,
florecen a intervalos las actitudes lívidas

retroproximamente de los paraguas cónicos.

Deduzco de la lluvia que esto es definitivo.
¿Quién está en el manubrio? Hay un corto circuito.

La trama es complicado siniestro de oficina,
y algunas señoritas,
literalmente teóricas,
se han vuelto perifrásticas, ahora en re bemol,
con abandonos táctiles sobre el papel de lija.

Explotan las estrellas
eléctricas en flor.

Pero más que todo esto, en el sintaxicidio
de unos cuantos renglones desgarrados de adioses:
¡oh su carne amarilla!
¡mis dedos retroactivos!

(En el piano automático

se va haciendo de noche.)

Y en el mismo declive del interior romántico,
me interrumpo en un faro de automóvil, en tanto,

—bohemios romboidales—mi corazón se llueve;
la tarde en las vidrieras traquetea como un tren,
y mi dolor naufraga, definitivamente,
en la literatura de todos los “ayer”.



Tras los adioses últimos . . .



Tardes alcanforadas en vidrieras de enfermo,
tras los adioses últimos de las locomotoras,
y en las palpitaciones cardíacas del pañuelo
hay un desgarramiento de frases espasmódicas.

El ascensor eléctrico y un piano intermitente
complican el sistema de la casa de “apartments”,
y en el grito morado de los últimos trenes

intuyo la distancia.

A espaldas de la ausencia se demuda el telégrafo.
Despachos emotivos desangran mi interior.

Sugerencia, L—10 y recortes de periódico;
oh dolorosa mía,
tú estás lejos de todo,
y estas horas que caen amarillean la vida.

En el fru-fru inalámbrico del vestido automático
que enreda por la casa su pauta seccional,
incido sobre un éxtasis de sol a las vidrieras,
y la ciudad es una ferretería espectral.

Las canciones domésticas
de codos a la calle.

(Ella era un desmayo de prestigios supremos
y dolencias católicas de perfumes envueltos

a través de mis dedos!)

Accidente de lágrimas. Locomotoras últimas
renegridas a fuerza de gritarnos adiós,
y ella en 3 latitudes, ácida de blancura,
derramada en silencio sobre mi corazón.



Como una gotera . . .



Como una gotera de cristal, su recuerdo,
agujera el silencio
de mis días amarillos.

Tramitamos palabras
por sellos de correo,
y la vida automática
se asolea en los andamios de un vulgar rotativo.

Las canciones florecen

a través de la lluvia,

en la tarde vacía, sin teclado y sin lágrimas.

Los tranvías se llevaron las calles cinemáticas

empapeladas de ventanas.

Mis besos apretados

florecían en su carne.

Aquel adiós, el último,

fue un grito sin salida.

La ciudad paroxista

nos llegaba hasta el cuello,

y un final de kilómetros subrayó sus congojas.

¡Oh el camino de hierro!

Un incendio de alas

a través del telégrafo.

Trágicas chimeneas
agujeran el cielo.

¡Y el humo de las fábricas!

(Así, todo, de lejos, se me dice como algo
imposible que nunca he tenido en las manos.)

Un piano tangencial se acomoda en la sombra
del jardín inconcreto; los interiores todos
se exponen a la lluvia—selecciones de ópera—.
En las esquinas nórdicas hay manifiestos rojos.



ESTE LIBRO ACABOSE DE
IMPRIMIR EN LA TIP.
«CVLTVRA» AV. REP.
ARGENTINA Nº 5 EL
DIA 15 DE JULIO
DE 1922.
MEXICO,
D. F.